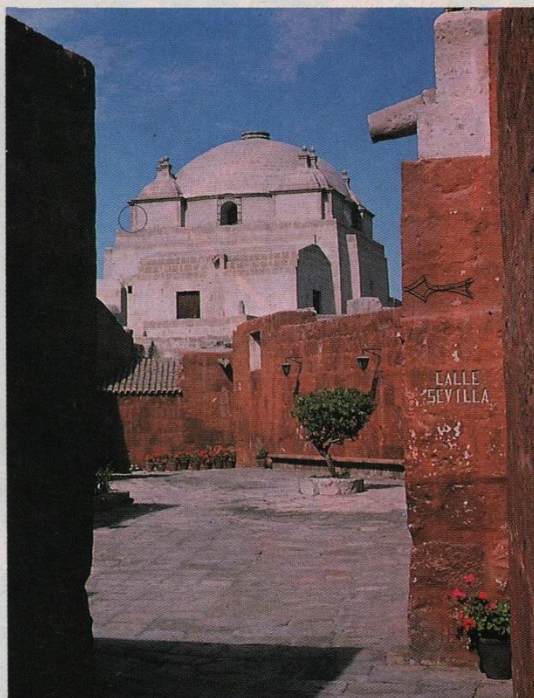


Fotos Alejandro Balaguer



Un claustro donde se respira el medievo

Santa Catalina, actual foco turístico

DE LIMA: En la devota ciudad de Arequipa, año de 1580, se fundó el convento de clausura de Santa Catalina por obra y gracia de doña Ana María viuda de Guzmán, rica arequipeña, más nueve damas de la aristocracia española.

Tras 390 años de clausura el mundo sacro y aislado del convento, situado a sólo siete cuadras de la bulliciosa plaza central, abrió sus puertas al turismo.

Pasando los gruesos muros de piedra sillar, blanco característico de la ciudad sureña, los siglos retroceden vertiginosamente. Los adoquines gastados conducen por uno de los más importantes complejos medioevales del Perú colonial.

Santa Catalina era sin duda un convento selectivo. Sólo podían tomar los hábitos las mujeres nacidas en España cuyas familias debían dar a la administración del convento la suma de mil pesos de oro.

En la entrada un cartel de silencio intimida los pasos y parece que las religiosas atraviesan entre murmullos el "patio del silencio" hasta el claustro de las novicias y de allí al "patio de los naranjos" de color azul añil, decorado con frescos y pinturas de la escuela arequipeña con marcada influencia mestiza.

Tres claustros grandes. Dos museos custodian las pertenencias de las religiosas y varias capillas componen la nave principal. La imaginación se trepa por el enrejado de madera del *locuto-*

rium. En pequeñas celdas, a través del enrejado, las religiosas se comunicaban cada sábado con sus familiares.

La ciudadela está compuesta por dos hectáreas de pequeñas casas pintadas de ocre con colorantes naturales del siglo XV que aún se mantienen. La circundan pequeñas callejuelas, cada una con el nombre de una ciudad española. Sevilla tiene arcos y escalinatas, Granada es ocre y Córdoba blanca, con geranios rojos y pasadizos azules. Esta fiesta de color, luces y texturas que conforman la arquitectura medioeval es el mayor atractivo del convento.

Las religiosas vivían en la ciudadela en pequeñas casas de campo, con cocina, jardín e indias a su servicio. El número de indias y el tamaño de la casa dependía de la fortuna de la familia. Independientemente de ello las religiosas dormían sobre una tabla de madera cubierta con heno.

FLORA, LA LIBERAL

Nadie mejor que Flora Tristán, feminista nacida en el Perú y educada en París, retrató la vida del convento registrada en su libro *Peregrinaciones de una paria*. Fue en el año 1833 cuando Flora Tristán, considerándose una esposa maltratada, abandona a su marido y viaja a la ciudad de Arequipa para reclamar la herencia de su familia. Durante su permanencia en la ciudad,

Flora se refugió en el convento huyendo de las escaramuzas de las facciones republicanas que continuaban luchando luego que el Perú obtuviera su independencia en 1826. Cuando Flora entró al convento de Santa Catalina, su prima, la madre superiora, había relegado para la ocasión la regla del silencio. Allí estaba Flora, la liberal, portadora de las nuevas ideas del iluminismo francés y vestida a la última moda parisina. Frente a ella, ingenuas adolescentes guiadas por los preceptos de la Santa Inquisición, gritaban excitadas ante el mundo prohibido: ¡La francesita!, ¡La francesita!

"La una me quitaba el sombrero —relata Flora Tristán— porque un sombrero era una pieza indecente; me quitaron igualmente mi peineta, con el mismo pretexto de que era indecente; otra quería sacarme mis mangas abuchonadas siempre con la misma acusación de ser muy indecentes. Esta me levantaba el vestido por atrás porque quería ver cómo estaba hecho mi corset; una religiosa me deshizo el peinado para ver si mis cabellos eran largos; otra me levantaba el pie para examinar mis borceguíes de París; pero lo que excitó sobre todo su admiración fue el descubrimiento de mi calzón. Esas buenas jóvenes son sencillas, pero había sin duda más indecencia en sus preguntas que en mi sombrero, mi peineta y mis vestidos".

Afuera el sol golpea sobre el blanco sillar, las bocinas de los autos devuelven al visitante al siglo actual. (Verónica Sáenz Porras).